

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

Aquiles, Ayas y Hércules

Nunca vuelvo á leer, sin nuevas emociones y nuevas enseñanzas, aquel maravilloso relato del arribo de Ulises á la región de los muertos tal como se nos narra en el Canto XI de la «Odisea». Y vuelvo á ver cómo acuden, sedientas de beber sangre, las almas pálidas de Tiresias, de Anticlea, de Agamemón, de Aquiles, de Ayas, y contemplo las sombras atormentadas de Orión, de Titio, de Tántalo y de Sisifo.

El verdadero héroe homérico, helénico, no es el bravo Aquiles, el de los pies veloces. (Y obsérvese, de paso, que la palabra bravo parece no ser otra cosa que una forma más vulgar ó romanceada, de bárbaro.) El verdadero héroe helénico es el trapacero Ulises, fértil en astucias y en argucias, el que teniendo que presentarse completamente desnudo y sin más que un ramo de hojas en la mano con que cubrir sus vergüenzas—suprema prueba para un caballero, aunque sea del caballo de Troya,—sabe demostrarle su alta aristocracia y su espíritu regio.

Al través de los poemas homéricos, tan rícos y tan rudos, se respira el culto á la inteligencia y cierta compasiva y á las veces irónica consideración á la fuerza y al valor desnudos. El puro bravo no pasa de ser, en el fondo, un animal doméstico al servicio de su pueblo. El heroísmo es, ante todo, inteligencia.

Y vuelvo á leer una vez más ese maravilloso relato y oigo á Aquiles, el bravo entre los bravos, decir que preferiría ser en la tierra, entre los vivos, gaciano ó soldado de otro, de un amo pobre y sin medios de vida, á reinar entre los muertos. ¡Criado de amo pobre! ¿Qué otra cosa hemos sido siempre en España? ¿Qué es nuestra novela picaresca sino la triste y sórdida epopeya del criado de un amo pobre? ¿Cómo se explican las más de nuestras desdichas, desdichas de reino de los muertos más que del de los vivos, sino por la pobreza del amo á quien tenemos que servir?

Las pálidas almas luego de los muertos, las imágenes exangües van buscando la sangre de las víctimas. Sólo se mantiene apartada el alma de Ayas Telamónico, el bravo é impetuoso, que aun después de muerto guarda rencor á Ulises. Y es que el bárbaro, como todo el no inteligente, es implacable. Ayas fué como una torre para el ejército de los aqueos, y en hermosura varzail y en hazañas de braveza no cedía sino á Aquiles. Pero cuando al poner la madre de éste, Tetis, sus armaduras como premio al héroe que más daño hubiese causado al enemigo, siendo jueces del certar en Palas Aterca y los troyanos prisioneros, los enemigos mismos, se pronunciaron éstos á favor de Ulises el astuto y no de Aquiles el bra-

vo, éste, el impetuoso, uno de esos hombres de los que se dice que son todo corazón, se vuelve loco del despecho y comete todo género de bravezas ó de barbaridades, según Sófoeles nos cuenta.

Y al dirigirse Ulises en los infiernos con melosas palabras á su competidor en el certamen del mundo de los vivos, Ayas, sin contestarle nada, se va al Erebo, entre las otras almas de los muertos. Al pobre bravo sin inteligencia, ni la muerte le limpió el rencor del despecho. Seguía imaginándose oscuramente, como cuando la carne le turbaba el seso, que es una injusticia el triunfo de la inteligencia sobre la braveza. Y no digo sobre el valor, porque éste es una cosa de que Ayas no podía tener idea. Y el que no tiene idea, aunque sea más bravo y más arrojado que Ayas, no sabe decir que tenga valor.

¡Pobre Ayas! ¡Y qué de admiradores no tendría hoy, de volverse entre nosotros al reino de los vivos, en esta nuestra patria, tan poco helénica, entre esas honradas masas que odian de todo corazón á la verdadera inteligencia! ¡Y hay que ver lo que es odiar de todo corazón! Mil veces peor que odiar de toda inteligencia. Como que ésta no odia; desdeña.

Y luego Ulises encuéntrase con el alma de Hércules, el bravo más teatral. ¡Y cuidado que éstos lo son! En torno del pobre Hércules muerto chillan las almas de los otros muertos como aves chillarían; lleva el arco y en su cuerda una saeta, y mira en torno ferocemente y en actitud de ir á disparar contra alguien. La verdad es que el más terrible castigo que en el reino de los muertos se les puede dar á las almas de ciertos bravos héroes es el de continuar allí la representación escénica de su braveza. A caballo durante toda una eternidad, sabe desnudo en mano y en postura de cargar sobre el enemigo. ¡Y cuidado con bajar el brazo!

Y vió Hércules á Ulises, y con voz quejumbrosa, doliéndose, le dijo estas aladas palabras: «Diógenes Laertiada, trapacero Ulises, ah, desdichado!, ¿te trae acaso acá una tan triste suerte como la que yo corrí bajo los rayos del Sol? ¡Era yo hijo de Zeus el de Cronos, pero sufrí calamidades sin cuento! ¡Estuve sujeto á un hombre muy inferior que me encargó las más difíciles hazañas! El pobre animal doméstico humano, el desdichado Sansón helénico que encontró en Omfale su Dalila, no recordaba sin reconcomio cómo Euristeo le sometió á los más duros trabajos.

¡Pobre Aquiles! ¡Pobre Ayas! ¡Pobre Hércules! Los tres bravos no se consuelan de la muerte en el reino de las sombras pálidas de los que fueron. Allí no se puede reinar sino por la inteligencia, como Ziresias. Y es que cabe reinar después de morir, y acaso mejor que en vida, como dicen que reinó aquella desdichada Inés de Castro, la del loco don Pedro el Cruel de Portugal. Inés reinó y sigue aún reinando después de morir por el amor, que es una forma de inteligencia, la flor más fragante de ésta.





«Había en la corte una doncella linda, de esa primorosa belleza que no llama á los ojos de nadie porque la hechura de su modestia la relega á rincones donde la luz mengua y da á su actitud el sesgo sumiso que la esfuma y apaga entre las otras mujeres—era la española doña Inés de Castro, de real linaje, bastarda de reyes, pariente de Portugal y Castilla, amiga íntima de doña Constanza, que la trajera á estos reinos como su dama y compañera. Delgada, los hombros de ave, el busto corto, las piernas altas, era un todo esbelto de divinas proporciones buideras. Tenía leves las manos y blancas como la harina; los cabellos, de hiladas de oro viejo escurridos en bandós, modelaban las curvas puras de la cabeza; las cejas, como las líneas de la nariz, de los labios y de la barbilla, eran afiladas; los ojos, verdes y tímidos, en recorte antiguo, nadaban en agua traslúcida que los enternecía; la boca, entreabierta, en sombra, preguntaba sonriendo con miedo; y la piel de la cabeza, de la cara, de la garganta, del cuello, era del color de las perlas—era como leche cuajada y tan suave como el plumón de los cisnes reales.»

Así nos describe su belleza medieval el último de los portugueses que le ha rendido un estudio admirable, Antero de Figueiredo, en su libro «Don Pedro e doña Inés».

«Era el tipo de la belleza medieval—añade,—de modelaciones blandas, estilizada en líneas de compostura para la, donde nevó el perfume místico de la cera y del incienso y se impuso la hierática austeridad cristiana, disolviendo en góticas ropas las formas gentiles del cuerpo de la mujer hasta desestimar la gracia y con ella la sonrisa de la vida en flor. Llamábanla *cuello de garza*.»

Y de esta divina mujer, verdadera encarnación de la inteligencia más subida, de la inteligencia de amor, se enamoró como un loco, que es como los brutos se enamoran, aquel bárbaro de Don Pedro, «animal d poeta»; según Antero de Figueiredo le llama. ¿Poeta? ¡Poeta, no! Presa para un poeta, como lo fueron Aquiles y Ayas y Hércules.

Y esa lseo que pasa como una roja nube trágica, proyectando larga y densa sombra sobre la historia de Portugal, es, como la Helena homérica, una verdadera encarnación de la inteligencia, que es la belleza.

Sí, la suprema flor de la inteligencia de amor es la belleza. Y ved que los pobres bárbaros, las honradas masas que admiran extáticas á Ayas, á Aquiles y á Hércules y detestan á Ulises, odian de todo corazón á la gracia, á la belleza que brota de la inteligencia de amor, del amor inteligente. La gracia es su enemigo. Y, como sus héroes, guardarán después de muertos sus despechos y sus rencóres. Mas ya dice el Evangelio que Dios es Dios de vivos y no de muertos.

Miguel de UNAMUNO

